

REFLEXIONES

A partir de una carta de Mazères,
excolono francés, dirigida al Sr. J. C. L.
Sismonde de Sismondi,
Sobre los negros y los blancos,
la civilización de África,
el Reino de Haití, etc.

El nombre de Mazères me era conocido solo por una plantación azucarera situada en la rica y floreciente llanura de Quartier-Morin; por los crímenes y crueldades de toda índole que cometieron, él o sus parientes, contra los desafortunados negros bajo el terrible régimen colonial; por la entrega que Ogé le hizo de su vida, cuando estuvo en su poder sacrificarla para vengar a nuestros hermanos, que Mazères había matado en las torturas; fue por todos estos motivos que este nombre aborrecido se conoció en Haití: así, yo tenía todas las razones para pensar que, como la mayor parte de su casta despreciada, él también arrastraba su miserable existencia en el exilio, en una tierra extranjera; pero la carta que dirigió al Sr. Sismonde de Sismondi me ha desengañado y me informa que este Mazères, que deshonoró a la humanidad con sus crímenes, sigue vivo aún, que el exceso de males que han experimentado los excolonos, lejos de corregirlos y de llevarlos a tener sentimientos más justos y más humanos, no hizo más que aumentar su rabia; ¡y que arden, aún más que nunca, por el deseo de poder torturar a su antojo a gran parte del género humano!

Atormentados por la incesante sed de riquezas, impulsados por un espíritu de maldición, ¡cuántos disparates, divagaciones, calumnias y falsas afirmaciones han inventado estos apóstoles de satanás para legitimar la trata y los horrores de la esclavitud! ¡Cuántas blasfemias! ¡Cuántas infamias se han atrevido a publicar para rebajar y degradar a la especie humana! Algunos se niegan a llamarnos hombres, nos asimilan y nos clasifican en la misma especie que los orangutanes; otros empujan la desmoralización hasta el último grado, dicen que todos debemos ser exterminados, incluidos los niños de seis años, para reemplazar a nuestra población por otros desafortunados, arrancados de su tierra natal. ¡Exterminar a todo un pueblo, por Dios! ¡Porque no quiere volver a las cadenas de la esclavitud! ¡Porque quiere gozar de los derechos que provienen de Dios, de la naturaleza y la justicia! Estos hombres abominables no tuvieron miedo de pisotear las leyes divinas y humanas de esta manera, desafiando la opinión general de sus contemporáneos, el juicio de la posteridad que los condena a la execración y la vergüenza eterna: ¡es en el siglo XIX cuando unos hombres, iluminados por las luces del cristianismo, se atrevieron a plantear, en principio, el exterminio total de una nación! ¡Eh! ¡La voz universal de sus compatriotas no se levantó para imponer silencio a estos impíos! ¡Que la Francia civilizada se jacte ahora de su ilustración!; y cuando la voz de un hombre de bien se hace oír *para prevenir una gran desgracia y la realización de un gran crimen*, ¡un Mazères, un excolono, todavía manchado con nuestra sangre, se atreve a insultar al virtuoso y generoso Sismonde de Sismondi! Debido a que tiene cierta facilidad

para plasmar en el papel sus ideas extravagantes y superficiales, este pedante de Mazères se permitió gritar los insultos y calumnias más atroces contra los africanos y los haitianos, sus descendientes.

La erudita pluma del Sr. Sismonde de Sismondi ciertamente no necesita mi ayuda para refutar los absurdos de Mazères, pero siendo una parte interesada, no debo quedarme como un espectador silencioso de la discusión; debo hacer todo lo que esté a mi alcance para ayudar a nuestros defensores en la gran causa que han abrazado; me debo enteramente a la defensa de mis semejantes, y si, como dice Mazères, Arquímedes solo pedía un punto de apoyo para levantar el mundo físico, espero que Haití sea el punto de apoyo donde los filántropos puedan colocar la poderosa palanca que debe levantar el mundo moral contra los enemigos del género humano; espero, digo, que estos virtuosos mortales, en compensación por su aplicación y su labor, encuentren en la gratitud y el reconocimiento de los haitianos *una segura compensación contra la injusticia de los hombres*. ¡Ah! Si estos hombres generosos y benéficos, perseguidos entre sus semejantes, carecieran de asilo, que vengan entonces con nosotros: ¡encontrarán en un soberano liberal, grande y magnánimo, en un pueblo bueno y agradecido la debida recompensa por la desafortunada virtud! No es inútil que advierta a mis lectores que nunca he hecho un estudio particular de la lengua francesa, excusarán los errores de elocución y de literatura que necesariamente abundan en las obras de un isleño que nunca ha tenido otros maestros que sus libros, otro estímulo que el odio a los tiranos; Mazères podrá, por lo tanto, regocijarse al encontrar en mis escritos alguna

prueba de inferioridad *moral* en expresiones “impropias”, “ásperas”, “extrañas”, “pretenciosas”, etc. Qué me importa mientras me escuche, mientras, por medio de simples razonamientos del buen sentido, le demuestre que no es más que un extravagante, un engreído que, teniendo todas las pretensiones de la mente ingeniosa, ni siquiera tiene, sin embargo, sentido común.

Voy a señalar, no diría sus errores, ya que es demasiado malo para tenerlos, sino su vileza y su notable mala fe; haré uso del justo derecho de la represalia para derrotar a este odioso enemigo; y si siento en este momento una gran pena, es por verme reducido a usar mi pluma para corregir sus sangrientos atropellos, y por no poder usar otros argumentos mejores que las palabras para convencerlo de que nuestra especie no es inferior a la suya.

Como el sistema de nuestros detractores es querer materializar al hombre negro mediante la diversidad primitiva de las razas humanas, desmentir el relato de la creación, y en la supuesta inferioridad de nuestra especie, buscar un pretexto para tratarnos como a los animales más viles, no responderé solo a Mazères, sino a toda la casta de excolonos franceses; empezaré limpiando mi campo de la basura que arrojan nuestros enemigos para oscurecer la verdad; volveré al origen de las cosas, restableceré los hechos, los respaldaré con las autoridades más respetables; lucharé contra todas sus objeciones; espero no quedarme sin pruebas y argumentos victoriosos para derribar sus sofismas y absurdos. Pero antes de entrar en el asunto, transcribiré esa especie de profesión de fe que realiza Mazères.

Considerado desde el punto de vista material —dice— el negro es, por supuesto, diferente del blanco. Si difiriera solo en cabello y piel, la diferencia sería ya muy grande: solo se necesitan ojos para convencerse de ello. Aunque tienen los mismos sentidos, los mismos órganos y una configuración casi similar, sus rasgos, examinados en detalle, muestran, sin embargo, diferencias esenciales. Un rostro sin expresión, formas sin gracia ni armonía, manos huesudas y callosas, ojos sembrados de filamentos de sangre que les otorgan un tinte rosado; estos, me parece, son rasgos evidentemente distintos en el negro y que parecen ubicarlo en una especie particular; entre las dos especies existe, si se quiere, una gran afinidad; pero ciertamente no hay identidad, lo desafío a negarlo.

Lo niego afirmativamente, y probaré con autoridades irrefutables, la unidad del tipo primitivo de la raza humana.

Para demostrar su afirmación impía, Mazères cae inmediatamente en las divagaciones que le sugieren sus pasiones y el desprecio que tiene por la especie humana; comienza de acuerdo con su absurdo sistema haciendo del hombre negro una especie distinta del hombre blanco; para fundamentar su opinión, se atreve a comparar al hombre con burros y caballos y quiere juzgarlo por analogía con los animales; ¡y todo esto para demostrar que los negros son inferiores a los blancos! Dejemos que Mazères y los excolonos se denigren si eso quieren; que se comparen y se juzguen por analogía con los burros y los caballos, ¡no se los impido! Yo sostengo, para mí y para mis semejantes, que el hombre es la obra más hermosa del creador, dotado de la inteligencia eterna, formado a su imagen y semejanza; el hombre creado para reinar sobre

todos los animales forma una especie particular, distinta, única, que no se puede comparar, ni juzgar por analogía, con burros y caballos.

Mazères y los excolonos no pueden respaldar su opinión con interpretación, autoridad o testimonio alguno; aquí están mis pruebas, que las impugnen si se atreven:

Y dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces de la mar, y en las aves de los cielos, y en las bestias, y en toda la tierra, y en todo animal que anda arrastrando sobre la tierra¹.

Pero como lo que tiene autoridad para la generalidad de los humanos, indudablemente no lo tiene para los excolonos, necesitan por lo tanto otras pruebas extraídas de fuentes distintas de los libros sagrados.

Escuchen a un autor famoso:

Hay en la naturaleza —dice el Sr. De Buffon— un prototipo general en cada especie sobre el que se modela cada individuo, pero que, al realizarse, parece modificarse o perfeccionarse según las circunstancias; de modo que, en relación con ciertas cualidades, hay una variación aparentemente extraña en la sucesión de individuos, y al mismo tiempo una constancia admirable en toda la especie; el primer animal, el primer caballo, por ejemplo, fue el modelo exterior o el molde interior sobre el que se formaron todos los caballos que han nacido, todos los que existen y todos los que nacerán; pero ese modelo pudo modificarse y perfeccionarse comunicando su forma y multiplicándose (...). La huella original

1 El Génesis [N. de A.]; Gen 1:26 [Reina Valera Antigua; N. de E.].

subsiste íntegramente en cada individuo; pero ¡cuántos matices diferentes hay en los distintos individuos, tanto en la especie humana como en la de todas las plantas, en fin, de todos los seres que se reproducen!

Ahora bien, si el Sr. De Buffon reconoce en cada individuo un prototipo, al que pertenece originalmente, ¿cómo pueden existir diferentes especies de hombres, de burros y caballos? Establecido este hecho, todo el andamiaje de Mazères, sus sofismas, sus absurdos caen por sí mismos; que compare si quiere, en lo físico y lo moral, al africano con el europeo, con el asiático, con el americano, sus hermanos; al hotentote con el lapón, al calmuco con el esquimal, nada mejor; que compare a los animales, plantas y minerales de África con otras producciones del mundo, en buena hora; pero cuando quiera juzgar inteligente al hombre por analogía con el animal, hará el mayor de los ridículos, y no debería *sonrojarse* sino morir de vergüenza, si su alma gangrenosa fuera capaz de sentirla.

Voy a dar a mis lectores una idea clara de la buena fe de Mazères y los excolonos; podrán juzgar así qué fundamentos deben darse sobre las afirmaciones de estos hombres perversos.

Cuanto más consideramos la naturaleza en sus procesos —dice Mazères—, más encontramos en sus obras esas armonías y consonancias sobre las que Bernardin de Saint-Pierre ha escrito un libro adorable; así, aunque los hechos no prueben que las formas exteriores de los negros se corresponden con su inteligencia, quizás se lo podría afirmar por analogía.

Al leer esta referencia a las palabras del Sr. Bernardin de Saint-Pierre, ¿no creerán todos acaso que este hombre virtuoso, en su *adorable* libro, confirma la opinión estúpida y maliciosa de Mazères?

Escuchen ahora al erudito y generoso Bernardin de Saint-Pierre, y juzgarán si Mazères sabe citar correctamente y con propiedad:

Mientras que algunos filósofos atribuyen a todas las especies de perros un origen común, otros atribuyen diferencias a los hombres. Basan su sistema en la variedad de tamaños y colores de la especie humana; pero ni el color ni el tamaño son caracteres distintivos a juicio de todos los naturalistas. Según ellos, el primero es solo un accidente; el segundo es solo un gran desarrollo de formas. La diferencia de especies proviene de la diferencia de proporciones; ahora bien, caracteriza las de los perros. Las proporciones del hombre no varían en ninguna parte; su color negro entre los trópicos es un simple efecto del calor del sol, que lo oscurece a medida que se acerca a la línea del Ecuador. Como veremos, se trata de un efecto benéfico de la naturaleza².

Por más que Mazères se devane los sesos buscando acercar el hombre a los animales salvajes para demostrar que los negros no han sido tratados por la naturaleza tan favorablemente como los blancos, solo persuadirá a excolonos como él, interesados en crear prejuicios absurdos para respaldar su terrible sistema, la trata y la esclavitud.

Por supuesto, la naturaleza no ha hecho una excepción para los negros en sus leyes eternas; siempre constante en

2 *Études de la nature*, t. 1, p. 83 [N. de A.]; traducción propia [N. de E.].

sus beneficios, no las ha infringido por nosotros, nos ha tratado con la misma consideración que a los blancos.

El hombre —dice el Sr. Bernardin de Saint-Pierre— en todo el mundo, está en el centro de todas las grandezas, de todos los movimientos y todas las armonías; su tamaño, sus miembros y sus órganos tienen proporciones tan precisas en relación con todas las obras de la naturaleza, que esta los ha hecho invariables en su conjunto; él solo, por sí mismo, compone un género que no tiene ni clase ni especie, y que ha merecido por excelencia el nombre de género humano.

Pero ¿por qué debería intentar acumular hechos sobre una cuestión ya zanjada hace mucho tiempo?; si tuviéramos que citar y traer aquí el testimonio de todos los europeos virtuosos que han resistido y desafiado todos los insultos de los excolonos, comerciantes y traficantes de carne humana, para probar nuestra semejanza con los blancos, me volvería verboso. ¿Quién pone en duda hoy, excepto los excolonos, que los hombres son todos hermanos y que, por su origen, pertenecen a la misma familia? Todos los absurdos que Mazères y los excolonos han publicado en contra del género humano ya han sido refutados por los hombres más famosos. ¡Gobernantes magnánimos, naciones enteras de Europa han rendido homenaje a Dios y al género humano, rompiendo las cadenas de los africanos! La causa del hombre ha sido defendida por los inmortales filántropos europeos con tanto ahínco, constancia, pasión y talento con los que los negros podrían haberlo hecho si hubieran tenido las mismas ventajas. Si he decidido escribir, no es precisamente para refutar las

falacias de los enemigos de la humanidad, que ya han sido combatidas con éxito por nuestros ilustres protectores; sino que, por un sentimiento de reconocimiento y gratitud, quería, a través de mis débiles acciones, apoyar las afirmaciones de nuestros amigos, motivado, además, por una justa indignación. Defensor de mi propia causa y la de mis semejantes, no he podido resistirme al deseo de cortar el nudo gordiano, demostrando a los excolonos, moral y físicamente, con la pluma y con la espada, que no somos inferiores a su especie.

Vuelvo a Mazères.

Los colonos —dice—, al reclamar para los europeos la obvia preferencia que les otorga la naturaleza por sobre los negros, no niegan a estos el nombre de hombre, *etc.*

¡Qué descaro el de los excolonos, reclamar para los europeos una preferencia que solo reclaman para sí mismos! ¿De quién recibió Mazères el apostolado para convertirse en el representante de 270 millones de europeos? ¿De un puñado de excolonos censurados en la opinión pública por los crímenes que pesan sobre sus espaldas? ¡Qué extravagancia, atreverse a reclamar una preferencia absurda, una impiedad! ¡Y todavía se atreven a decir que son desafortunados, que no son dementes! ¿Se ha visto alguna vez, me pregunto, evidencia de locura y demencia más característica que sus ridículas pretensiones? ¿Cómo pueden apoyar una tesis tan extravagante como absurda? J. J. Rousseau tenía razón al decir que, cuando el hombre comienza a razonar, deja de sentir: ¡Mazères nos demuestra la verdad de este axioma con toda su verborrea!